

puede encontrarse en los infieles, en los herejes y cismáticos sean materiales sean formales, ni en el excomulgado vitando.

Bajo el segundo aspecto no se encuentra en los herejes formales, puede, sin embargo, encontrarse, y de un modo permanente, en los herejes y cismáticos materiales e incluso en los cismáticos formales que conservan la fe católica, aunque reconoce que este fenómeno es muy raro.

Bajo el tercer aspecto se encuentra en todos aquellos hombres de buena voluntad que tienen el voto implícito de la Iglesia y en otros muchos en cuanto que influye en ellos por medio de sus gracias actuales.

Fuera de la Iglesia hay gracia y se da la gracia; sin embargo toda la gracia, aun la más pequeña, se da y procede de la Iglesia y por la Iglesia. Si los cismáticos y los herejes dan la gracia no lo hacen en cuanto instrumentos de su comunidad, sino en cuanto instrumentos separados de la verdadera Iglesia, instrumento universal de Cristo.

Por lo que a los miembros se refiere, el P. Tromp señala dos condiciones para serlo: estar en acto en el cuerpo de la Iglesia y estar en acto bajo el influjo del alma informante. Fuera del cuerpo no hay miembros, tales son los no bautizados, los que en el momento del bautismo ponen obstáculo a su incorporación, aunque sea inculpable, los que se han separado del cuerpo aun sin culpa y los excomulgados vitandos.

Establece el autor la distinción ya clásica entre miembro y súbdito de la Iglesia y sobre todo explica la diferencia entre ser miembro en acto y estar ordenados a la Iglesia en mayor o menor grado. Están ordenados a la Iglesia, en orden ascendente, los siguientes: a) Todos los hombres en general. b) Los infieles que tienen el voto implícito de la Iglesia. c) Los herejes, cismáticos y excomulgados vitandos culpables y pertinaces, pues son súbditos de la Iglesia. d) Los herejes y cismáticos no culpables y los excomulgados penitentes que están en gracia. e) Los catecúmenos creyentes que no están en gracia. f) Los catecúmenos creyentes que están en gracia.

Todos estos no son miembros en acto, en primer lugar porque no están en el cuerpo de la Iglesia, y en segundo lugar porque no tienen el influjo del alma en cuanto que informa el cuerpo, aunque reciban el influjo de la misma bajo los otros aspectos. No rechaza la expresión de *miembro en voto*, mientras se entienda que no es verdadero miembro.

Dos obras que merecen las más elogiosas alabanzas y esperamos que continúe fiel a su promesa completando los temas ya anunciados en la Introducción general dando cima a un trabajo que será clásico en la historia de la teología.

VICENTE PROAÑO

KARL RAHNER: *Escritos de Teología*. I. — Taurus Ediciones. Madrid, 1961. 145 x 220 mm. — 416 págs.

"Taurus Ediciones" ha acometido la loable empresa de ofrecer en cuatro volúmenes la traducción castellana de los escritos de Rahner. Gran servicio para la mayoría de los teólogos españoles, porque el alemán K. Rahner es muy difícil. Un equipo de traductores y otro de revisores han logrado lo principal en una traducción: la fidelidad.

El título genérico de la obra se perfila en la cubierta de este volumen: "Dios-Cristo-María-Gracia", un tanto ampuloso. Propiamente no se trata de un libro sino de una colección de artículos sobre diversos temas dogmáticos. Es imprescindible dar sus títulos para hacerse idea aproximada de lo que contiene esta compilación: 1. Ensayo de esquema para una dogmática; 2. Sobre el problema de la evolución del dogma; 3. Theos en el Nuevo Testamento; 4.

Problemas actuales de cristología; 5. La Inmaculada Concepción; 6. Sobre el sentido del dogma de la Asunción; 7. Consideraciones teológicas sobre el monogenismo; 8. Sobre la relación entre naturaleza y gracia; 9. Sobre el concepto escolástico de la gracia increada; 10. Sobre el concepto teológico de concupiscencia.

Estos diez artículos habían aparecido en diversas revistas a partir de 1939 y bien puede decirse que están entre lo más representativo de lo escrito por Rahner en materia dogmática a lo largo de su brillante docencia en Innsbruck. No han sido rehechos sino retocados en ocasiones. Cada uno de por sí necesitaría, por lo menos, para ser convenientemente juzgado, el espacio que en esta sección de RET se suele dedicar a un libro complejo. Su autor es, sin duda, pensador agudo y sabe infundir un desusado dramatismo a los problemas que estudia. Conocedor más que mediano de las fuentes y del Magisterio, su fuerte es la especulación. Rara vez se pierde en minucias: se enfrenta sinceramente con los problemas tal como cree que son e intenta replantearlos en su profundidad, dejando, en unos más que en otros, la huella de su personal visión de los mismos. Una primera lectura produce la impresión de gran originalidad y ausencia de conformismo; desde el principio nos convence de que intenta pensar exclusivamente con su propia cabeza los datos revelados y propuestos por el Magisterio. No se acomodaría a gusto bajo el techo de "ismo" alguno. De ahí sus diatribas contra los teólogos de los dos últimos siglos, a quienes, sin excepción que nos conste, considera como repetidores, miedosos, responsables del anquilosamiento de una Teología "muy ortodoxa pero no muy viva" (p. 23).

Aunque los temas son diversos no sólo en su contenido sino también en su enfoque y en su extensión, creo que se puede encontrar en ellos una idea base que los anima. Ella es, a mi juicio, su teoría sobre la evolución del dogma y del progreso de la Teología. Sobre la evolución del dogma trata *ex professo* (51-92) y, sin precisar demasiado, nos deja entrever su pensamiento. La revelación, completa en Cristo, es inagotable; sería absurdo pensar que haya dogmas en cuyo conocimiento no se pueda progresar indefinidamente. Aún siendo verdadero lo que creemos, la verdad percibida es siempre incompleta. Misión de la Teología es ganar, paso a paso, nuevos enriquecimientos. El progreso dogmático es, por supuesto, homogéneo, pero implica algo más que el avance de lo implícito a lo explícito: "La nueva proposición y el antiguo saber no se relacionan (solamente) como lo explícito y lo implícito, lógicamente en dos proposiciones, sino como decir explícito parcial en una proposición y posesión espiritual, irrefleja, total, de una realidad" (p. 81). De ahí que Rahner considere las fórmulas dogmáticas de las definiciones conciliares o pontificias, más que como un término, como un punto de partida. Por otra parte "la historia de la Teología no es sólo historia del progreso del dogma sino también historia del olvido" (172). Muchos caminos iniciados por la patristica quedaron a medio andar; en orden al progreso dogmático habrá que reemprenderlos.

Esta actitud determina un método fundamentalmente revisionista. Tiene muy presente que "la salvación es siempre salvación de hombres determinados en un tiempo concreto" (p. 12). Sin embargo se equivocaría quien pensara que Rahner es un mero adaptador de cuestiones al vivir de hoy. Echa mano ciertamente de abundantes recursos existenciales, pero lo que realmente pretende es hacer avanzar la Teología y, por concomitancia, ponerla al día. Es innegable su amplitud de conocimientos y el equilibrio, que tan rara vez se logra en otros autores, entre su preparación bíblica y el dominio de la filosofía. Acaso se le pueda señalar un bache por lo que se refiere al uso de la patristica; de la clásica teología medieval parece haberse contentado con espumar lo que podía interesarle para hacer más dinámicas sus especulaciones.

Las ideas se agolpan, casi se estorban; unas a otras se reclaman sin cesar. Sintetizar cada uno de sus artículos sería fácil en cuanto a su línea fundamental, pero casi imposible si hubiéramos de anotar las pequeñas digresiones y sobre todo, el sucederse vertiginoso de los interrogantes y de las sugerencias que, como las cerezas, se enredan unas con otras. En las afirmaciones no provisionales se muestra prudente y, pese a sus esfuerzos casi espectaculares, no da ese paso adelante que estábamos esperando para comprobar la efectividad de su método, de su teoría sobre las fórmulas dogmáticas como punto de partida. Cuando hay algún avance se logra precisamente por los métodos que ya recomendaba el concilio Vaticano (D. 1796). Tan seguro cuando critica los procedimientos de los demás, se nos antoja un constructor más aparente que real. Sus malabarismos conceptuales, a pesar de la deslumbrante vestimenta con que se presentan, se limitan a volvernos al punto de partida. Para no ser tachado de ese miedo que él echa en cara a los demás, debería hacer menos preguntas y dar más respuestas. Una crítica exigente preguntaría a Rahner, por ejemplo, si el esquema propuesto para una dogmática no es demasiado provisional, demasiado antropocéntrico; si realmente no se puede afirmar que las definiciones dogmáticas suponen un término, un culmen en su línea, sin que por eso se limite la fecundidad de la revelación; si en lugar de tanta crítica negativa no hubiera sido más provechoso dar una respuesta concreta a alguna de las interrogantes que pueden inducir al desconcierto (cf., por ej., p. 167).

Pero hay que reconocer honradamente el gran mérito de Rahner. Nadie como él para despertar viejos problemas con nuevo interés, como reactivo contra la pereza intelectual —¡el gran peligro del teólogo!—. A cuantos sientan pasión por la Teología recomendamos la lectura reposada de esta obra, en la seguridad de que no aprenderán muchas cosas nuevas pero se situarán ante las que ya sabían con nuevas perspectivas y quizá con el gozo de un auténtico descubrimiento.

NICOLÁS LÓPEZ MARTÍNEZ

Scrinium lovaniense. Mélanges historiques Étienne van Cauwenbergh (Université de Louvain. Recueil de Travaux d'Histoire et de Philologie. 4^e Série. Fascicule 24. Éditions J. Duculot, S. A. — Publications Universitaires. Gembloux y Louvain 1961. — 165 × 255 mm. — 688 pp.

El fascículo que reseñamos está dedicado por entero a Mgr. Étienne Cauwenbergh, sabio director de la Revue d'Histoire Ecclésiastique, editor del Dictionnaire d'Histoire et de Géographie Ecclésiastiques y bibliotecario de la Universidad de Lovaina, el cual ha debido asumir por dos veces la misión abrumadora de reconstruir y rehacer la biblioteca universitaria. El Comité que ha preparado este volumen se ha visto obligado a prescindir de un sin número de colaboraciones y en consecuencia ha invitado sólo a aquellos profesores que por su campo de enseñanza o sus relaciones personales estuvieron más en contacto con el eminente bibliotecario. Aún así son cuarenta y cuatro los que componen esta brillante representación de las Facultades de la Universidad. No podemos ni tenemos espacio para ocuparnos de cada estudio en particular. Ofrecemos a nuestros lectores un elenco de los que por su tema encajan en el marco de nuestra Revista y de los que de algún modo se refieren a España.

Le message des apôtres à toutes les nations, por L. Cerfaux (pp. 99-107); *Le texte de l'Épître de Jude du Papyrus Bodmer VII (P⁷²)*, por E. Massaux (páginas 108-125); *La Terre Promise et le Paradis d'après l'Apocryphe de la Ge-*